

# “Vino la marea y nos dejó en la vía”. Experiencias de las inundaciones de productores forestales en un área del Delta Inferior del río Paraná<sup>1</sup>

*Cynthia Pizarro, Mercedes Ciccale Smit y Carlos Javier Moreira*

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas–Facultad de Agronomía, Universidad de Buenos Aires

E-mail: [cpizarro@agro.uba.ar](mailto:cpizarro@agro.uba.ar), [mciccale@agro.uba.ar](mailto:mciccale@agro.uba.ar), [moreirac@agro.uba.ar](mailto:moreirac@agro.uba.ar)

**RESUMEN:** El Delta del río Paraná está expuesto a frecuentes inundaciones originadas por tres factores: las provocadas por el sentido Norte-Sur del escurrimiento del río Paraná, las mareas del estuario y las crecientes provenientes del Río de la Plata denominadas sudestadas. Estos fenómenos tienen diversos impactos en las formas de vida de los lugareños y en sus actividades productivas, tales como la destrucción de sus viviendas y de los sistemas de manejo de agua, la pérdida de cultivos y ganado, las dificultades de comunicación con el continente, la interrupción de las actividades escolares, etc. El objetivo de este trabajo es analizar las maneras en que los habitantes de un área del Delta experimentan las inundaciones y valoran sus consecuencias. Se trata de la Zona Núcleo Forestal que se especializó en la producción forestal a partir de mediados del siglo XX. En sus relatos, este proceso está siempre ligado a las inundaciones de 1959 y de 1982-3, a las que caracterizan como catástrofes. Estos eventos son rememorados no sólo porque tuvieron un alto impacto en las formas de vida locales, sino también porque son momentos que condensan las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales de la zona. Señalamos que en ambos eventos la configuración del riesgo y de la vulnerabilidad fue mayor para algunos lugareños que para otros. Es decir, los impactos tuvieron un carácter selectivo, de acuerdo a la configuración de las desigualdades sociales de clase, entre otras. Además, argumentamos que fueron escenarios en los que se visibilizaron más fuertemente las tensiones del campo social local. De hecho, constituyeron una ventana de oportunidades que permitió a algunos productores familiares realizar un proceso de empresarialización que les permitió mejorar su posición económica, social, política y cultural, mientras que otros fueron excluidos del sistema productivo, contribuyendo al significativo despoblamiento de la zona.

## INTRODUCCIÓN

El Delta del río Paraná tiene características únicas debido a que desemboca en un curso de agua dulce, el Río de la Plata. El complejo régimen hidrológico de este sistema de humedales presenta tanto ventajas como desventajas. En cuanto a las primeras, provee varios servicios ecosistémicos como la regulación del flujo de

---

<sup>1</sup> Una versión ampliada de este trabajo se encuentra en prensa en Benencia, R. (ed.) *Ruralidades, actividades económicas y mercados de trabajo en el Delta vecino a la Región Metropolitana de Buenos Aires*, Editorial CICCUS.

agua, recarga de acuíferos, refugio para la biodiversidad, retención de sedimentos, fertilidad, entre otros (Baigún et al., 2008). Mientras que algunas de sus desventajas están relacionadas con el variable e impredecible régimen hídrico.

La sección del Delta Inferior abarca desde el Puerto Ibicuy, provincia de Entre Ríos, hasta el Río de la Plata. Está conformado por islas con bordes elevados y el interior deprimido, en donde permanece un cuerpo de agua con vegetación de pajonal. Estas islas están expuestas a frecuentes inundaciones originadas por tres factores: las provocadas por el sentido Norte-Sur del escurrimiento del río Paraná<sup>2</sup>, las mareas del estuario y las crecientes provenientes del Río de la Plata denominadas sudestadas<sup>3</sup> (Kandus y Minotti, 2010).

Esta sección es significativamente afectada por dichas variaciones hídricas puesto que, en comparación con las otras regiones del Delta, actúa como zona de almacenamiento de las crecidas del río Paraná y presenta mayores niveles de inundación durante las sudestadas<sup>4</sup> (Natenzon, González y Ríos, 2005; Re, Sabarots Gerbec y Storto, 2015). El aumento de los caudales diarios del río es inherente al funcionamiento del ecosistema y se repite cíclicamente<sup>5</sup>.

Las inundaciones tienen diversos impactos en las formas de vida de los lugareños y en sus actividades productivas. Entre ellos, cabe mencionar la destrucción de sus viviendas y de los sistemas de manejo de agua, la pérdida de cultivos y ganado, las dificultades de comunicación con el continente, la interrupción de las actividades escolares, etc.

Según Castro (2013), los estudios recientes sobre los desastres y los riesgos ambientales señalan que no son únicamente el producto de la ocurrencia de fenómenos naturales, sino que son resultado de procesos económicos y sociales que crean condiciones de vulnerabilidad humana. De hecho, los fenómenos naturales representan un peligro potencial de pérdida para las personas y sus actividades. Pero la configuración del riesgo y de la vulnerabilidad suele ser mayor para algunos grupos humanos, de allí que los impactos tienen

---

<sup>2</sup> Natenzon, González y Ríos (2005) distinguen tres tipos de crecidas del río Paraná: las ordinarias, cuando los caudales pico son por debajo de 33.000 m<sup>3</sup>/s en el eje Paraná-Santa Fe y sus recurrencias son de hasta 5,5 años; las extraordinarias, con caudales pico por debajo de 45.000 m<sup>3</sup>/s y recurrencias de hasta 15 años, y las excepcionales, que son las restantes. Agrega que en el período 1980-2000 se manifestó un incremento relativo de la frecuencia de las crecidas extraordinarias, que resulta aún más notorio para las crecidas excepcionales.

<sup>3</sup> Según Natenzon, González y Ríos (2005), las crecidas del Río de la Plata, asociadas a las sudestadas, pueden dividirse en dos tipos: las ordinarias, cuyos niveles pico se encuentran por debajo de 3,3 m MOP en Buenos Aires y tienen recurrencias de hasta 5,5 años, y las extraordinarias que son las restantes. Señala que, luego de 1970, no se observó un cambio de frecuencia de crecidas extraordinarias del Río de la Plata.

<sup>4</sup> Por otra parte, Re, Sabarots Gerbec y Storto (2015), en base a un modelo hidrodinámico del Delta del río Paraná, señalan que ante una crecida del Paraná, en el Delta Inferior, el Paraná Guazú aumenta sus niveles en mayores proporciones que el Paraná de las Palmas. Por otra parte, la acción de una sudestada en todo el Delta Inferior tiene un mayor impacto sobre el Paraná Guazú pero mayor alcance sobre el Paraná de las Palmas.

<sup>5</sup> Natenzon, González y Ríos (2005) plantean que entre 1902 y 1970 se registró una relativa estabilidad estadística en los caudales del río Paraná en la sección Paraná-Santa Fe, según datos provistos por el Sistema de Información y Alerta Hidrológico del Instituto Nacional del Agua. Durante la década de 1970 se aprecia una tendencia de incrementos continuos de los caudales medios y extremos. La etapa comprendida entre 1980 y 2000 muestra una relativa estabilidad estadística, con un caudal medio 38% superior al de la primera etapa, y un aumento de la frecuencia de las crecidas extraordinarias. Los autores señalan que de las cuatro crecidas registradas con caudales pico mayores -1905, 1983, 1992 y 1998- tres se produjeron en este período. Finalmente, entre 2001 y 2004, se registró un caudal medio 21% inferior al de la etapa anterior y máximos similares a los de la primera etapa.

un carácter selectivo, de acuerdo a la configuración de las desigualdades sociales de clase, género y etnicidad, entre otras.

Por otra parte, la autora plantea que los desastres suelen ser escenarios que visibilizan más fuertemente las tensiones sociales propias de un tiempo y lugar. Estas situaciones pueden ser utilizadas política y económicamente por parte de grupos hegemónicos o de aquellos que buscan mejorar su posición social.

El objetivo de este trabajo es analizar las maneras en que los habitantes de un área del Delta Inferior del río Paraná experimentan las inundaciones y valoran sus consecuencias. A pesar de la frecuencia de estos fenómenos, es notable que los lugareños suelen mencionar dos en particular: la de 1959 y la de 1982-83. Nos focalizaremos en aquellos relatos que hemos registrado durante nuestra investigación<sup>6</sup> que ponen en evidencia que estas inundaciones son recordadas no sólo porque tuvieron un alto impacto en las formas de vida locales, sino también porque son hitos que condensan las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales de la zona.

## LOS RELATOS DE LAS “MAREAS”<sup>7</sup>

A fines del siglo XIX y principios del XX personas provenientes de diversos países europeos llegaron al Delta Inferior del río Paraná, en el marco del movimiento migratorio de ultramar promovido por el Estado Nacional. En particular, vascos, portugueses, españoles e italianos se asentaron en el área denominada Zona Núcleo Forestal, que comprende la segunda y cuarta sección de islas localizadas en las jurisdicciones de los partidos de Campana y San Fernando y cuyos principales cursos de agua son el río Carabelas, el Canal Alem y el Arroyo Las Piedras.

La expansión de la producción agrícola en esta región constituyó una manera de colonizar esta zona que, hasta mediados del siglo XIX, era concebida como inhóspita y solo factible de ser habitada por indígenas. De hecho, la construcción de este territorio como un espacio próspero para la vida y para la producción agropecuaria fue parte del ideario de algunos intelectuales y funcionarios que promovieron el asentamiento de colonos europeos hasta entrado el siglo XX. De este modo, las políticas estatales actuaron como una cuña que favoreció la mercantilización de la naturaleza (Escobar, 1996; O'Connor, 1994; Tsing, 2011).

De la mano del avance de la frontera agropecuaria, los colonos domesticaron este espacio agreste y lo convirtieron en su lugar (Escobar, 2000). Utilizaron diversas tecnologías de “control del agua” –zanjas, diques y terraplenes– que les permitieron cultivar la tierra y construir viviendas, caminos, escuelas e infraestructura para abastecerse de servicios. Procesos que los isleños suelen sintetizar con la expresión: “Nosotros creamos el Delta”.

---

<sup>6</sup> Los datos analizados provienen de fuentes secundarias y del trabajo de campo etnográfico iniciado en diciembre de 2012.

<sup>7</sup> Utilizamos comillas para transcribir expresiones utilizadas por nuestros interlocutores durante el trabajo de campo.

“La isla” constituye en la actualidad un espacio socio-identitario (Mari, Mateo y Valenzuela, 2010) en el que sus descendientes anclan su sentimiento de pertenencia y de devenir. La “cultura isleña” está inextricablemente entrelazada con el lugar y la memoria social se articula alrededor de determinados eventos que son considerados como hitos fundacionales de “la vida isleña”<sup>8</sup>.

Uno de los aspectos que es remarcado como idiosincrático de “los isleños” es su conocimiento de “las mareas”, tal como denominan tanto a las crecientes del río Paraná como a las sudestadas provenientes del Río de la Plata. Los lugareños se jactan de saber cómo sobrellevar las inundaciones porque, según dicen, “están acostumbrados” ya que suceden periódicamente y “saben cómo actuar” en dichas circunstancias. Es más, cada vez que se refieren a algún acontecimiento del pasado lo ubican cronológicamente vinculándolo con alguna “marea” y explicando cómo esta incidió en el mismo.

De este modo, las “mareas” constituyen el organizador de sus relatos del pasado, de sus preocupaciones sobre el presente y de sus proyecciones sobre el futuro. En síntesis, las inundaciones ordinarias y extraordinarias y, concomitantemente, las características hidrológicas que distinguen a “la isla” del “continente” constituyen el marco social de la memoria y la matriz narrativa que estructuran sus experiencias personales y colectivas.

A lo largo de nuestra investigación, era imposible para nuestros interlocutores -que se definieron como “nacidos y criados”- no narrar la gesta heroica de sus padres y abuelos, de los “pioneros”, de los primeros pobladores que vivieron en “aquella época”, en la “época de antes” – es decir en la primera mitad del siglo XX. Consideraron menester contar la manera en que convirtieron “la isla” en “algo lindo”. Así, nos contaron su historia, asociada a lugares y a hazañas tales como haber abierto “a fuerza de machete”, “con el agua hasta la cintura” caminos y picadas que les permitieran llegar “al continente”; de haber “plantado los postes de la luz y del teléfono”; de haber “caminado kilómetros hasta la escuela”; y de haber “vivido sobre un embalsado”<sup>9</sup> cuando se produjo la “inundación del ‘59”.

Si bien todos dicen que las inundaciones son periódicas, y que es un fenómeno que caracteriza a la “vida isleña”, algunas son definidas como “catástrofes naturales”. De hecho, “la marea del ‘59” y “la del ‘82” son las más mencionadas y se las vincula con dos clivajes sumamente significativos en las formas de vida y de trabajo locales. Esto es, ambos eventos marcan los drásticos cambios productivos, socio-económicos y culturales que signaron la vida de los lugareños. Estos hitos ponen en evidencia el pasaje de una producción familiar diversificada (fruticultura, horticultura, mimbre, animales de granja, forestación) al monocultivo intensivo de salicáceas, el crecimiento de la brecha entre los pequeños y los grandes productores, el

---

<sup>8</sup> Candau (2001) plantea que todo arte de la memoria se funda en la construcción de un sistema de lugares y de imágenes. El pasado es relatado a partir de lugares que funcionan como disparadores de la memoria, o bien, la memoria relata acontecimientos contextualizándolos en escenarios espaciales concretos, seleccionando ciertos eventos y enmarcándolos en un escenario, el paisaje. En otras palabras, la temporalización se espacializa y las territorializaciones se invisten de historia (Pizarro, 2006).

<sup>9</sup> Esta expresión refiere a la densa acumulación de camalotes sobre el agua que se produce durante las inundaciones.

“despoblamiento” de la isla y la pérdida de servicios sociales tales como salud, educación, transporte y recreación, que animaban la vida local.

## LA MAREA DEL '59

Los “pioneros” y sus familias se dedicaron a la producción horti-frutícola en pequeña escala hasta mediados del siglo XX, momento en que se registró la mayor cantidad de habitantes en la región. Cultivaban hortalizas, frutales, mimbre y árboles maderables (principalmente sauces nativos) para abastecer el mercado interno. Eran productores familiares y utilizaban tecnologías de bajo impacto.

En la segunda mitad del siglo, este tipo de producción perdió competitividad debido a distintos factores coyunturales<sup>10</sup>. Esta situación llevó a una reconversión hacia la forestación que fue más fácil para aquellos productores que tenían explotaciones más grandes<sup>11</sup>. Estos son algunos de los motivos que propiciaron la emigración de un porcentaje significativo de la población local<sup>12</sup>.

Los lugareños nos contaron que “la marea del '59 levantó hasta 3 metros y pico”, “se dieron las tres cosas, la lluvia, la sudestada y la crecida, cuando se te dan esos casos de crecida ahí es donde se dan los picos”. “Fueron quince días de lluvia y viento sudeste con agua de arriba que venía” y “para el lado del río Uruguay donde Concordia llegó al despropósito de tener 40 metros, y [en la zona] teníamos entre 4.50 y 4.80 metros”.

Entre los impactos que esta inundación tuvo en sus vidas, algunos recordaban:

Me acuerdo que en casa había dos vacas, y bueno, las metieron adentro de la cocina (...) y, claro, se entumecían las patas pobrecitas (...) Entonces mi mamá les daba semitín<sup>13</sup> y le ponía Legui<sup>14</sup>. Bueno, subía y subía, subía el agua, y las largaron para que vayan a un dique. Pero no llegaron, ya estaban muy muertas de frío.

En la creciente del '59 mi papá tenía todo el mimbre pelado y se venía la creciente y lo llevó debajo de la casa. Pero después, a las 4 de la mañana se levantó y nosotros, acostados, lo vimos llorar porque él tuvo que vender todo el mimbre.

Fue una de las peores catástrofes para nosotros. Y bueno, esa, yo al menos yo y unos cuantos, la hemos vivido. Nos tuvimos que ir cuatro años con mis padres porque no quedó absolutamente nada.

---

<sup>10</sup> La fruticultura y la horticultura entraron en crisis debido al deterioro de las plantaciones y los cultivos por las inundaciones, la difusión de plagas, el costo del flete y la emergencia de nuevas zonas frutícolas favorecidas por la red de transporte automotor que tornaron menos rentables y competitivas a dichas actividades.

<sup>11</sup> Borodowski y Signorelli (2011), Galafassi (2005), González (2010) y Olemberg (2010) refieren, entre otros autores, a las transformaciones económicas y sociales de la zona a lo largo del siglo XX.

<sup>12</sup> La población en las islas del Bajo Delta Bonaerense disminuyó de un total de aproximadamente 20.000 habitantes en 1940 a 14.504 en 1960 y a 9.116 en 1991, lo que evidencia un descenso de aproximadamente 50% para el período 1940-1991 (Olemberg 2013).

<sup>13</sup> Afrecho de harina.

<sup>14</sup> Aguardiente de caña.

Una lugareña mencionó las posibilidades diferenciales que tuvieron los distintos tipos de “fruticultores de antes” ante la inundación de 1959: “Los que tenían una buena posición pudieron quedarse, pero mucha gente se tuvo que ir. Mucha gente vendió, y se fueron a trabajar a las fábricas”.

Con respecto a esta emigración, otra vecina nos contaba que “se empezó a despoblar y bueno, dejó de funcionar todo. Porque la gente venía a la ciudad a dónde podía (...) y se dedicaba a sobrevivir”. Otra agregó que: “Por ejemplo, acá en Campana se radicó la fábrica Dalmine [hoy Siderca]”. Y mucha gente que por la inundación vino acá, consiguió trabajo, y no volvió”. Agregó que

... la inundación del 59’ duró todo el invierno, como 5 meses. Y hubo un año con unas heladas brutales y [los frutales] se agotaron, se secó todo. O se pudrió o se quemó por la helada. Pero justo eso coincidió en la época en que la isla empezaba a decaer. Y bueno, si la gente se hubiera quedado se renuevan las plantas pero la gente migró.

Un vecino coincidió con la anterior sobre el impacto que tuvo la inundación de 1959 y las heladas de 1966 en la producción frutícola, pero remarcó que en aquella época “hubo un quiebre porque los fruticultores locales no podían competir en el mercado de frutas del continente y el estado comenzó a promover la plantación de forestales en 1970”.

En esa dirección, otro vecino señaló que esa producción:

... fue desapareciendo cuando aparecieron las formas de conservar la fruta. Había camiones refrigerados y demás entonces llegaba la fruta de otro lado, con digamos producciones más baratas que las del Delta. En el Delta (...) sobre todo lo que cuesta más es el transporte fluvial. Entonces la gente que estaba acostumbrada a cultivar frutas y hortalizas empezó a ver que no podía vender su producción y comenzó a emigrar. Entonces (...) los que subsistieron fueron (...) familias que trabajaron mucho y empezaron a plantar salicáceas.

Uno de los “fruticultores de antes” que “abandonó la isla” nos contó que vivió en la isla hasta que en 1959 “vino la marea y nos dejó en la vía. Se nos secaron todas las plantaciones de frutales, de madera, todo. Y desde ese entonces me vine para la ciudad de Campana (...) la marea lo llevó todo”. De todas formas, no vendió su quinta. Mientras vivía en Campana y trabajaba en una fábrica, continuó “plantando”, pero “ya dejé todo. Las quintas están ahí. A [la casa] me la quemaron. La otra que tenía en al arroyo, que me crié yo, era todo de material, me la desarmaron todo”. Algunas personas nos comentaron que estos son algunos de los mecanismos empleados por quienes pretenden adueñarse de tierras para presionar a los pequeños productores a vender sus tierras o a abandonarlas.

Mientras que mucha gente se tuvo que ir como lo hizo este señor, otros, que tenían una “mediana posición”, pudieron quedarse. Tal es el caso de la pareja con que tuvimos la siguiente conversación. Los padres de

ambos eran productores familiares y el matrimonio tiene un emprendimiento familiar capitalizado en la actualidad:

Señor: [antes de la inundación del '59] se producía todo en la casa, por lo general huerta familiar, la fruta, la verdura para todo el año (...) En mi casa también se plantaba mucho tomate, ajíes, y todo eso, ¡después hacíamos conserva! Se envasaba todo y duraba para todo el año el tomate, envasado. Y la fruta, lo mismo. Hacíamos durazno al natural (...) hacíamos dulce de membrillo, dulce de ciruela, dulce de durazno (...) ¡frascos y frascos envasábamos y teníamos todo el año eso! (...) Lo que se producía se hacía y se consumía (...) Toda la fruta salía de acá del Delta (...) Pero después con las inundaciones, en el año '59, contaban, que bueno vino una inundación de, de sudestada ¿no? O sea que vino del Río de la Plata, se inundó todo acá, así muy rápido (...) ya se secaron plantas, se perdieron muchas plantas de fruta (...)

Señora: [sobre la manera que su familia vivió durante la inundación] Por ejemplo en la casa de mi mamá, yo era bebé en ese entonces, en el '59 (...) en una hora tenían el agua 50 cm adentro de la casa. Pero alcanzaron a levantar todo porque en esa época como había tanta fruta, había muchos cajones, ¡muchos cajones! Entonces arriba de los cajones, y arriba de la mesa y arriba, levantaron la heladera, levantaron todo lo que pudieron arriba. Y (...) en esa época había muchas lanchas, y entonces mi abuelo tenía una lancha donde se llevaban las frutas (...) Y ahí estuvimos, en la lancha, un día o dos. Y después (...) las mujeres se fueron para la ciudad (...) Pero después, a los 15, 20 días ya, se terminó todo eso y volvieron. Y volver a empezar (...) se volvió a plantar nuevamente (...) ya no tanto [fruta]. Después ya se dedicaron más a la forestación.

Otra vecina nos contó la manera en que experimentó la “marea del ‘59” la familia de su esposo, que actualmente es un productor familiar capitalizado:

Lamentablemente una mala pasada de la naturaleza hizo que todo lo logrado con tanto esfuerzo y sacrificio se perdiera cuando en 1959, una inundación los dejó sin nada (...) Cuando quisieron acordarse tenían el agua en el techo. ¿Viste? Y por eso el embalsado, ellos vivían arriba de un embalsado (...) Y ellos vivían ahí arriba y cazaban nutrias y todas esas cosas para poder comer porque no tenían otra cosa. (...) A pesar de la mala experiencia nunca bajaron los brazos y con toda la fuerza volvieron a empezar.

Otro isleño remarcó que no abandonó la isla luego de la inundación de 1959. Su familia tenía una “mejor posición” y él es actualmente parte de una empresa familiar dedicadas a la producción silvo-forestal. Nos explicó el agua de la inundación no causó tantos daños a su quinta ni a su casa, probablemente porque el albardón era bastante alto. No se centró tanto en el impacto sufrido por su familia sino en cómo fueron

afectados sus vecinos<sup>15</sup>. Explicó que esto los motivó a realizar obras de infraestructura a fin de mitigar daños futuros:

Tuvimos inconvenientes que vinieron inundaciones en el '59, un montón de inundaciones que se perdían los frutales, no había infraestructura. Y bueno así fuimos andando. Y bueno, después de eso, ya por la década del '60, empezamos a pensar de tener alguna unión con tierra firme (...) En el año '83 vino la creciente esa que vino del norte, cortó todo, rompió el camino y hubo un montón de inconvenientes (...) Ya nosotros ahí, nosotros ya empezamos a pensar en el camino para salir, en la electrificación, comunicación, formamos una cooperativa.

## LA MAREA DEL '82

Luego de “la marea del '59”, tuvo lugar una significativa expansión de la producción de salicáceas en la Zona Núcleo Forestal, la que se intensificó en la década de 1980, en consonancia con “la marea del '82”. Este proceso conllevó una diferenciación y movilización socio-económica que dio lugar a la coexistencia de pequeños productores, productores familiares capitalizados, empresas familiares y empresas agroforestales agroindustriales, tal como describimos a continuación.

Los vecinos que pudieron permanecer en “la isla” y en el sistema productivo, se especializaron en la producción en gran escala de maderas blandas de rápido crecimiento de especies de álamo (*Populus*) y sauce (*Salix*), promovida por políticas estatales nacionales y provinciales a partir de la década del 70, siendo la actividad principal en la actualidad. Esto, sumado a la precariedad de los títulos de la tierra, fue aprovechado por algunas familias que lograron capitalizarse expandiendo sus propiedades sobre las de los pequeños y medianos productores y, en algunos casos, combinando la forestación en gran escala con la ganadería (Pizarro, 2016, en prensa).

De esta manera, ampliaron sus explotaciones incorporando campos “abandonados” y nuevos espacios productivos cercanos a los arroyos Las Piedras, Negro y Chañares, y los canales Alem, 5° y 6°, llegando casi hasta el río Paraná de las Palmas. Algunos lugareños señalan que esta expansión se vio favorecida por la “marea del '82”, ya que la misma duró mucho tiempo y perjudicó la comercialización de la madera por parte de los productores medianos y pequeños. Las familias que se encontraban en un proceso de empresarización<sup>16</sup> ampliaron sus propiedades a través de variados mecanismos que incluyeron préstamos a muchos de estos productores, quienes no pudieron saldar sus deudas y debieron cederles sus campos.

---

<sup>15</sup> Si bien esto puede haberse debido a que el motivo de nuestra conversación fue la historia de la cooperativa, es dable pensar que esto puede estar relacionado con su “buena posición” en el campo de fuerzas local y con los procesos que favorecieron su trayectoria social ascendente.

<sup>16</sup> López-Castro (2013) utiliza este concepto para analizar la trayectoria de algunas familias productoras en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires que se convirtieron en unidades empresariales familiares entre 1988 y 2012.

En las últimas décadas del siglo XX estas empresas familiares monopolizaron la producción y la comercialización junto con dos empresas agroforestales que se instalaron en el área, una en los 1970s y otra en los 2000s. Según Pizarro (2016, en prensa), en la actualidad, la producción forestal de la Zona Núcleo Forestal del Delta Inferior del río Paraná es llevada a cabo por un continuum de productores que comprende: A) Pequeños productores familiares, que se encuentran debajo de la unidad económica forestal (200 ha) según los estándares actuales. B) Productores familiares capitalizados, que se encuentran dentro de la unidad económica forestal (entre 200 y 1000 ha). C) Empresas familiares, que transitaron por un proceso de empresarización y superan la unidad económica forestal con más de 1000 ha. D) Empresas agroforestales, propiedad de grupos económicos extra-locales (de capitales nacionales o internacionales) que tienen una superficie mayor. A continuación mostramos cómo estas tensiones sociales y trayectorias de movilidad ascendente y descendente en el campo de fuerzas locales son visualizadas por los lugareños en estrecha conexión con sus recuerdos de la “marea del ’82”.

Mencionaron sus características más significativas: “Esa fue la que más desastre hizo”. “La marea del ’83 fue la que más mató porque secó todo. Estuvo mucho tiempo la marea entonces mucha gente se fue, dejó las quintas. No había forma de vivir”.

Algunos nos contaron algunas anécdotas sobre los impactos que tuvo en sus vidas cotidianas:

Porque en el año ’83, acá el agua corría así. Acá tenía la cocina 6 metros bajo el agua. Están las marcas afuera, 6 metros bajo el agua estuvo.

Puertas, interiores, puertas de placares, todo levantado, muebles de comedor, todo levantado.

Un vecino se casó con los tablones, se casó bajo el agua digamos. Sí, porque ¿viste? Cuando estaba acordada la boda ya estaba (...) Y bueno, no se pudo cancelar más.

Estuvimos viviendo en lo que es el Jardín [de Infantes que es] ahora de la Escuela 28 (...) Y ahí primero empezaron a dar clase adentro de la lancha (...) Pero claro, cada vez crecía más, entonces nos quedaba poco espacio. Entonces se pidió el barco, vino el barco, y ahí daban clase, en el barco. Así que estuvimos desde mayo hasta octubre en el Jardín de la escuela, en la planta alta, abajo estaba todo inundado. No se podía. Habíamos hecho pasarelas con madera hasta que después hubo que dejarlas, porque ya no se podía. Después dieron clase unos meses en lo que es el Recreo Blondeau, en el salón. Pero después eso se inundó, después quedó poco espacio, y bueno, vino el barco.

Un pequeño productor contó que logró

... sobrevivir con la ayuda de la familia y de hacer otra cosa (...) en el ’83, (...) porque del sur de Entre Ríos (...) había dos metros, dos ochenta de agua. Y la ruta estaba toda cortada, desde acá desde Ceibas para allá, y para acá también, para el puente Paranacito, estaba todo cortado (...) Yo en ese entonces estaba trabajando en la celulosa Jujuy, de San Pedro, y yo sabía que iba a bajar el agua.

Si bien logró permanecer en el sistema productivo no pudo continuar viviendo en la isla y debió apelar a la multiocupación. Desde esta trayectoria productiva y laboral de un “nacido y criado” que hoy vive nuevamente en la isla y trabaja junto con su esposa en su quinta, expresó su opinión sobre cuáles son aquellos factores que propiciaron la inundación de 1982-83 y la mayor frecuencia de las “mareas” en las últimas décadas:

Y eso fue por el tema de las represas (hidroeléctricas) (...) Ustedes lo deben saber mejor que yo que fui hasta sexto grado, pero lo veo acá por el río. Cuando los campos están más o menos controlados y secos [debido a los sistemas locales de manejo de agua], la evaporación es mucho menos (...) Todavía una señora que en una audiencia pública que tuvimos acá en Campana, vino a decir que es culpa de los diques de los isleños que hicimos en esta parte del Delta (...) Pero si el agua viene de arriba (...) Esto pasa todo por el cambio climático y el medio ambiente. Esto no es que viene cada tanto. Antes mirá, mis abuelos, cuando vinieron acá en el año '19 vivieron una sola marea, la de 1940. Y yo (...) Llevo entre catorce y quince mareas entre las de arriba y las de abajo. Te doy más o menos las que han hecho más desastres acá en el Delta, en el '59, de sudestada (...) Y después la milenaria que es la del '83, de allá del sur de Colombia. Agarró todo parte de Brasil y el sur de Colombia y vino a parar acá al Río de la Plata, que esa empezó en noviembre del '82 y terminó en septiembre del '83. Esa fue terrible. Pasaba y pasaba agua. Había mucho isleño que pensábamos que el Delta iba a quedar así.

Al igual que la inundación de 1959, la de 1982-3 causó un impacto significativo en la vida de algunos vecinos que tuvieron que abandonar la isla: “Yo me fui en el año '83 porque si no acá me ahogaba con mis hijos y mi señora, y la prefectura ni apareció”.

Una señora que actualmente no vive en la isla pero que mantiene su campo en producción nos contaba que:

... en la inundación del '82 y '83 tuvimos varias veces el agua adentro de la casa y mi papá [no quería] irse de la isla. Él decía que no, que se iba a pasar. Y no, llegó un punto, en que vio que el agua lo superó (...) y entonces se fue para Campana [junto con su madre, ella estaba viviendo en Campana con su abuela. Su padre] entró a trabajar como amarrador de barcas en el puerto. Y después entró en una fábrica, y cuando entró a la fábrica, dijo “bueno, armen el contrato por tres meses” [porque pensaba que volvería a la isla. No quería trabajar] en una relación de dependencia, “yo quiero la libertad, el aire, la naturaleza, quiero ir a trabajar allá, quiero ir a mi quinta”. [Pero] el agua, nueve meses la tuvimos en la casa. Así que mi papá siguió trabajando en la fábrica. (...) Y se quedó finalmente. Pero no perdimos (...) el estar trabajando la quinta y el tener la quinta. Ahora vamos y venimos y la seguimos trabajando.

Otra vecina que aún vive en la isla con su familia recordó que, hasta hace algunos años, su esposo tenía una quinta familiar con su hermano y su padre. Luego del fallecimiento de éste, la unidad se fisionó y los hermanos iniciaron diferentes procesos de capitalización hacia principios del siglo XXI. Mientras que su cuñado atiende su quinta sólo con la ayuda de algunos miembros de su familia, su marido logró capitalizarse

un poco más pues, además de sus plantaciones, tiene un aserradero y contrata mano de obra estacional. La señora detalló los cambios que produjo la inundación de 1982-83 en su vida cotidiana:

En el '83 estuvo inundado seis, siete meses (...) [Su marido] tuvo que trasladar todos los muebles a Escobar, tuvo que cargar todo en un barco y llevar. Bueno, porque mi suegro justo había comprado una casa grande en Escobar y nos trasladamos (...) Gracias a dios que teníamos un techo donde estar allá, porque si hubiéramos tenido que estar acá no sé cómo hubiéramos hecho.

Por otra parte, nos contó sobre la voluntad de regresar de su esposo a pesar de que las aguas no habían bajado. Al igual que otros vecinos cuyas mujeres e hijos permanecieron en “el continente” durante los meses que duró la inundación, su marido volvía periódicamente a pesar de que las aguas no habían bajado para recuperar la poca madera que se podía cortar de los árboles que no se habían secado.

Se refirió a los vínculos afectivos e identitarios de los isleños con su lugar: “hay un solo árbol que quedó de toda esa marea (...) [Su esposo] no lo quiere cortar por eso (...) Es un álamo, sí, pero es grandísimo, ¿vos no sabes lo que es! En dos oportunidades le cayeron rayos, pero él sigue viviendo”. Cuando quisimos sacar una foto grupal durante una de nuestras visitas, su esposo quiso hacerlo junto a ese árbol, y cada vez que pasaba cerca de él lo acariciaba, cosa que no hacía con ninguno de su campo.

Desde el punto de vista del lugareño, labrado en su experiencia de vida y anclado en su sentimiento de pertenencia y arraigo a “la isla”, ese árbol ha sobrevivido a las mareas al igual que él y el resto de “los isleños”, por lo que es diferente del resto. Cabe preguntarse si el hecho de tener que permanecer en “el continente” mientras la isla estaba inundada implicaba para los lugareños que lo que estaba inundado era solo la plantación y un campo –un espacio de la naturaleza intervenido / cultivado que les daba el sustento- o si, más bien, se trataba de su casa, de su hogar, de su historia, de su lugar, en síntesis, de su identidad.

Con respecto a los procesos de especialización en el monocultivo de salicáceas, de diferenciación de los productores y de concentración de las tierras, un vecino explicó las diferencias entre los impactos de las inundaciones de 1959 y de 1982-3:

Acá se sufrió la marea del '59 pero se quedaron los viejos. La marea del '83 fue la que más mató porque secó todo, estuvo mucho tiempo la marea entonces mucha gente se fue, dejó las quintas. No había forma de vivir, y otros entonces se empezaron a aprovechar. Porque [las tierras de] la isla se entregaron [sin títulos de propiedad]. Hace doscientos años se empezó a poblar. Entonces eran fiscales las islas. Venían y se entregaban, en esa época (...) [entre los vecinos] estaba la palabra y no se iba a hacer una escritura.

Una señora, cuyos antepasados llegaron a la zona a principios del siglo XX y cuya familia ha tenido una trayectoria de empresarialización, nos contaba que, en los comienzos, la quinta de su padre era pequeña. En ese entonces, trabajaba solamente la familia para producir frutales y un poco de madera que era destinada a

la fabricación de cajones de fruta. La primera quinta que su padre compró en aquella época tenía 20 has. Su nieto señaló que los loteos eran de 3, 5 y 8 has, uno de 20 has “ya era enorme”.

Su abuela recordaba que cuando llegó su esposo a la zona, a mediados del siglo XX, su propiedad era “mucho más chica (...) Acá se fue comprando todo poco a poco [hasta lograr la actual cantidad de has que posee la empresa]. Primero empezaron con los [campos] fiscales pegados a la finca (...) Después fueron vecinos que se fueron”. Su nieto agregó que esta expansión “no fue de un día para el otro, las mareas del '59 creo que fueron un quiebre bastante importante y ahí empieza toda la decadencia, a venderse [las quintas de los otros isleños. El '83 fue un golpe enorme”. La abuela agregó que “muchos ya de cierta edad se trasladaron a la ciudad, y después las quintas se quedaron solas”.

Actualmente la empresa se dedica al monocultivo de salicáceas combinada con ganadería. La abuela señaló que

Hubo que hacer diques [para sistematizar el agua y drenar los campos] porque si no, con la marea acá no se podía vivir más. Cuando vino esa del '83, si no se hacían diques se había perdido un montón de madera, por el agua estuvo mucho tiempo. Cuando el agua va y viene no se secan las plantas pero [sí sucede] cuando el agua dura mucho tiempo. Aparte, siendo madera joven, con más razón.

El nieto nos contó la manera en que se fue conformando la empresa familiar. Hasta “principios de los '80 era una actividad familiar, no era una empresa”. Su abuela nos contó que el primer barco de la flota que poseen actualmente para trasladar la madera que compran a los productores del lugar se hizo “un poquito antes de la marea” del '83. Agregó que

... vino regio (...) porque pudieron entrar con ese barco a los [campos de los productores] chicos [porque estaba el agua alta] Y pudieron sacar madera de todas partes. Acá perdíamos plata [porque el agua estaba secando sus plantaciones] pero ganábamos con el barco en otro lado, y entonces nos fue bastante bien.

De este modo, la familia expandió sus campos y su flota, a la vez que puso un aserradero. Además, como tenían “una buena posición”, permanecieron en la isla durante la inundación a pesar de que estuvieron ocho meses con el agua sobre el campo. A diferencia de los vecinos a quienes nos hemos referido más arriba, la señora recordó esa experiencia sin angustia, ya que dijo, riéndose, “y bueno, andábamos paseando en canoa”. Su nieto agregó en el mismo tono “los barcos que vienen de Tigre pasaban por acá arriba, navegando”, refiriéndose a la tierra que bordea la casa familiar. Agregó que el agua estuvo aproximadamente “80 cm debajo de la casa”, la que estaba construida en alto sobre palos clavados en la tierra, como es común en la arquitectura isleña.

## CONCLUSIONES

En este trabajo hemos analizado las maneras en que algunos vecinos de las inmediaciones del río Carabelas, el canal Alem y el Arroyo Las Piedras narraron y valoraron el impacto que las inundaciones de 1959 y 1982-3 tuvieron en sus vidas. Nos focalizamos en las diferencias entre los puntos de vista de los productores que tenían una “buena”, una “mediana” y una “peor posición”, con el objeto de señalar que la configuración del riesgo y de la vulnerabilidad fue mayor para algunos que para otros. Es decir, los impactos tuvieron un carácter selectivo, de acuerdo a la configuración de las desigualdades sociales de clase, entre otras.

Asimismo, señalamos cómo estas “catástrofes” fueron escenarios en los que las tensiones del campo social local se visibilizaron más fuertemente. De hecho, constituyeron una ventana de oportunidades que permitió a algunos productores familiares que estaban en una “buena posición”, realizar un proceso de empresarización, es decir, una trayectoria de movilidad ascendente que les permitió mejorar su posición económica, social, política y cultural.

Los lugareños relataron sus experiencias de las inundaciones a través de narrativas en las que la memoria social recrea eventos del pasado, que son seleccionados desde el presente de la enunciación y organizados según ciertos valores morales en el marco de argumentaciones propositivas para el futuro. Estas construcciones de sentido son articuladas por los narradores según sus trayectorias vitales socio-culturales, constituyendo diferentes puntos de vista.

Hemos visto cómo se iniciaron las distintas trayectorias sociales de un grupo de lugareños relativamente homogéneo: “los fruticultores de antes” que comenzaron a diversificarse según los que tenían “peor”, “mediana” y “mejor” posición. De este modo, algunos fueron excluidos del sistema productivo, mientras que otros lograron convertirse en productores familiares pequeños o medianos, o en empresas familiares. A lo largo del siglo XX la “isla” se fue “despoblando” y especializándose en la producción forestal, hechos que son relatados junto a los hitos fundacionales de las inundaciones de 1959 y de 1982-3.

Por otra parte, hemos visto que seleccionaron y organizaron los eventos pasados vinculados con los impactos que las “mareas” tuvieron en su vida desde puntos de vista anclados en su pertenencia al lugar. Los afectos, las emociones asignadas a la manera en que “crearon el delta”, a “los pioneros”, al agua, a los árboles, a la vida en “la isla” ponen en evidencia que este paisaje constituye su locus socio-identitario.

## REFERENCIAS

- Baigún, C., Puig, A., Minotti, P., Kandus, P., Quintana, R., Vicari, R., Bo, R., Oldani, R. y Nestler, J., 2008. Resource use in the Parana River Delta (Argentina): moving away from an ecohydrological approach? *Ecohydrology and Hydrobiology*, 8, pp. 245-262.
- Borodowski, E. y Signorelli, A., 2011. *Región Delta del Paraná. Diagnóstico y Caracterización*. Dirección de Producción Forestal, Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la República Argentina.

- Candau, J., 2001. *Memoria e identidad*. Ediciones del Sol.
- Castro, H., 2013. *Crónicas de desastres, tramas del riesgo. Contribuciones para una historia ambiental de la Quebrada de Humauaca*. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Escobar, A., 1996. Constructing Nature. Elements for a Poststructural Political Ecology. En Peet, R, y Watts, M. *Liberation Ecologies*, pp. 46-68. Routledge.
- Escobar, A., 2000. El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo? En Lander, E. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, pp. 113-143. CLACSO-Argentina.
- Galafassi, G., 2005. *La pampeanización del Delta: sociología e historia del proceso de transformación productiva, social y ambiental del Bajo Delta del Paraná*. Editorial Extramuros.
- González, A., 2010. Producción y conservación en el humedal del Bajo Delta del Paraná. Las buenas prácticas forestales en el marco de la gestión forestal sostenible como propuesta para el buen uso del ambiente. En Reboratti, C. (ed.) *Agricultura, sociedad y ambiente. Miradas y conflictos*, pp. 33-50. FLACSO-Argentina.
- Kandus, P. y Minotti, P., 2010. Distribución de terraplenes y áreas endicadas en la región del Delta del Paraná. En Blanco, D. E. y Méndez, F. M. (eds.) *Endicamientos y terraplenes en el Delta del Paraná: situación, efectos ambientales y marco jurídico*, pp. 15-32. Fundación para la conservación y el uso sustentable de los humedales.
- López Castro, N., 2013. Familias productoras a unidades empresariales familiares: trayectorias de empresarialización en el sudoeste bonaerense (Puán y Adolfo Alsina, 1988-2011). *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 39, pp. 39-78.
- Mari, O., Mateo, G. y Valenzuela, C., 2010. Introducción. En Mari, O., Mateo, G. y Valenzuela, C., (eds.) *Territorio, poder e identidad en el agro argentino*, pp. 1-8. Imago Mundi.
- Natenzon, C., González, S. y Ríos, D., 2005. Vulnerabilidad de la Zona Costera. En *Argentina: 2ª Comunicación de Cambio Climático*. Fundación Torcuato Di Tella.
- O'Connor, M., 1994. El mercadeo de la naturaleza. Sobre los infortunios de la naturaleza capitalista. *Ecología Política, Cuadernos de Debate Internacional*, 7, pp. 15-34.
- Olemborg, D., 2010. Los determinantes de la reconfiguración productiva. Acerca de la forestalización del Bajo Delta del Paraná. *VII Jornadas de Investigación y Debate "Conflictos rurales en la Argentina del Bicentenario. Significados, alcances y proyecciones"*. Quilmes, Argentina.
- Olemborg, D., 2013. Transformaciones poblacionales del Bajo Delta en la poscrisis del 2001. *VIII Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*. Buenos Aires, Argentina.
- Pizarro, C., 2006. "'Somos indios civilizados'". La (in)visibilización de la identidad aborígen en Catamarca." *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 24, pp. 113-130.

- Pizarro, C., 2015 (en prensa). Trabajadores paraguayos en la producción forestal del Delta Inferior del río Paraná. En Aparicio, S. y Benencia, R. *De migrantes y asentados. Trabajo estacional en el agro argentino*, Editorial CICCUS.
- Re, M., Sabarots Gerbec, M. y Storto, L., 2015. Estadística de niveles en el Delta del río Paraná mediante modelación hidrodinámica. *Séptimo Simposio Regional sobre Hidráulica de Ríos*. Montevideo, Uruguay.
- Tsing, A., 2011. La naturaleza en construcción. En Montenegro Martínez, L. (ed.) *Cultura y Naturaleza*, pp. 25-48. Jardín Botánico de Bogotá, José Celestino Mutis.